



Tema 9: La oración y la Inmaculada

Al inicio del Año litúrgico, en el tiempo de Adviento, la celebración de la Inmaculada nos permite entrar con María en la celebración de los Misterios de la Vida de Cristo, recordándonos la **poderosa intercesión de Nuestra Madre para obtener del Espíritu la capacidad de engendrar a Cristo en nuestra propia alma**, como pidiera ya en el siglo VII San Ildefonso de Toledo en una oración de gran hondura interior:

«Te pido, oh Virgen Santa, obtener a Jesús por mediación del mismo Espíritu, por el que tú has engendrado a Jesús. Reciba mi alma a Jesús por obra del Espíritu, por el cual tu carne ha concebido al mismo Jesús (...). Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu, en el cual tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo».

La Iglesia Católica confiesa que la Virgen María es la única persona humana concebida sin pecado original. Ella es, como dice el ángel Gabriel, «la **Llena-de-gracia**».

La fiesta de la Inmaculada nos da la oportunidad de dedicar a la Virgen Santísima este tema de la Escuela de oración. **El valor de la Virgen en la vida espiritual de cada cristiano es determinante**, porque la Virgen tiene un papel esencial en el plan salvífico de Dios. Su Santidad de vida (ejemplo sin igual), la misión única que el Señor le encomendó (maternidad divina), y los poderes que el Señor le ha dado en el orden de la gracia (medianera, reina y madre nuestra) son de una total trascendencia para nuestra santidad.



que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo "envolvió en pañales y le acostó en un pesebre" (Lc 2, 7).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?" (Lc 2, 48); será en todo caso una mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná; otras veces será una mirada dolorida, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la 'parturienta', ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella; en la mañana de Pascua será una mirada radiante por la alegría de la resurrección y, por fin, una mirada ardorosa por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés».

1. La importancia de la Madre en la vida

La madre tiene una función insustituible en la crianza del niño, y no tanto desde el punto de vista de sus necesidades corporales (en lo que podría ser sustituida) sino desde un punto de vista afectivo y comunicativo. El niño necesita en sus primeros años, más que de la leche nutricia, de ternura, de cariño, de atención amorosa...

Existe, además, un gran paralelismo entre la vida natural de un ser humano y su vida sobrenatural. En el orden de la vida sobrenatural somos perpetuamente niños, indigentes, necesitados de ayuda. No podemos nada por nosotros mismos; somos necesitados, más que los niños en la vida natural, de comunicación, de afecto, de sentirnos amados y de poder manifestar nuestra alegría y felicidad a la persona que nos ha demostrado y nos sigue demostrando amor y ternura.

Pues bien, en María, Dios nos ha dado una Madre a nosotros, eternos infantes en el espíritu, para que, como niños necesitados en todo, le pidamos y encontremos en Ella cuanto necesitamos. Dice el Concilio:

*«Con su múltiple intercesión [María], continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinos se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por ese motivo la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de **Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora**».*

Es san Juan Pablo II quien, desde su experiencia personal, pero recogiendo también toda la tradición bimilenaria de la Iglesia, especialmente en sus santos, nos propone la ayuda única e incomparable de la Virgen María para podernos adentrar con verdadero acierto y eficacia en los hontanares de la meditación y de la contemplación de Cristo. **Ella como nadie le contempló y amó. Por eso es Maestra incomparable.** El Papa lo dice bellísimamente:

«La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana

Por eso los santos lo aconsejan con fuerza. San Luis Grignon de Montfort decía que **con la Virgen se hacen más avances en la vida espiritual en pocos meses que en muchos años sin Ella**. Y recomendaba: *«Es menester hacer todas las cosas en María, es decir, hay que acostumbrarse poco a poco a recogerse dentro de sí mismo para formar allí una pequeña idea o imagen espiritual de la Santísima Virgen, que será para el alma el Oratorio en que hará todas sus oraciones a Dios...; la Torre de David en que se refugiará contra sus enemigos, la Lámpara encendida con que iluminará todo su interior y arderá del amor divino, la Custodia sagrada en que verá a Dios en Ella y con Ella. Finalmente, María será para esta alma su único Todo junto a Dios y su recurso universal. Si reza, será en María; si recibe a Jesús en la sagrada Comunión, lo pondrá en María para que en Ella ponga sus complacencias; si obra, será en María; y en todo y en todas partes realizará actos de renuncia a sí misma» (El secreto de María).*

2. Una Madre muy especial: Madre de Dios y Madre nuestra INMACULADA

El dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado el 8 de diciembre de 1854 por el Papa Pío IX, confiesa: *«...la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano».* Con la definición de este dogma culminó un largo proceso de reflexión eclesial, bajo el impulso del Espíritu Santo, sobre la figura de la Virgen María, que permitió conocer, de modo más profundo, **las inmensas riquezas** con las que fue adornada para que pudiera ser digna Madre del Hijo eterno de Dios.

En España la devoción a la Inmaculada ha configurado nuestra existencia cristiana:

Si España es **"tierra de María"**, lo es en gran medida por su devoción a la Inmaculada.

¿Cómo no recordar en este punto el extraordinario patrimonio literario, artístico y cultural que la fe en el Dogma de la Inmaculada ha producido en nuestra patria? A la protección de la Inmaculada se han acogido desde época inmemorial Órdenes religiosas y militares, Cofradías y Hermandades, Institutos de Vida

Consagrada y de Apostolado Seglar, Asociaciones civiles, Instituciones académicas y Seminarios para formación sacerdotal.

Numerosos pueblos hicieron y renovaron repetidas veces el voto de defender la Concepción Inmaculada de María. Propio de nuestras Universidades era el juramento que, desde el siglo XVI, profesores y alumnos hacían en favor de la doctrina de la Inmaculada. Como propio también de nuestra tradición cristiana es el saludo plurisecular del **"Ave María Purísima..."**

Siguiendo una antiquísima tradición el nombre de la Inmaculada Concepción ha ido acompañando generación tras generación a los miembros de nuestras familias. A cantar sus alabanzas se han consagrado nuestros mejores músicos, poetas y dramaturgos. Y a plasmar en pintura y escultura las verdades de la fe contenidas en este dogma mariano se han entregado nuestros mejores pintores y escultores.

En la Concepción Inmaculada de la Virgen podemos destacar tres aspectos de la grandeza de nuestra Madre:

1. **La Virgen está totalmente vinculada al misterio de su Hijo y de la Iglesia. Colaboradora totalmente singular**

Elegida para ser la Madre del Salvador, María ha sido *"dotada por Dios con dones a la medida de una misión tan importante"* (LG 56). En el momento de la Anunciación, el ángel Gabriel la saluda como *llena de gracia* (Lc 1, 28) y ella responde: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). Para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación era preciso que ella estuviese totalmente conducida por la gracia de Dios (CIC 490). Preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción, María es la **«digna morada»** escogida por el Señor para ser la Madre de Dios.

Abrazando la voluntad salvadora de Dios con toda su vida, María *«colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia»* (LG 61). Madre de Dios y Madre nuestra, María ha sido **asociada para siempre a la obra de la redención**, de modo que *«continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna»* (LG62). En Ella la Iglesia ha llegado ya a la perfección, sin mancha ni arruga, por eso acude a Ella como **"modelo perenne"** (San Juan pablo II), en quien se realiza ya la esperanza escatológica.

2. **María Inmaculada, la perfecta redimida. La Toda santa**

La santidad del todo singular con la que María ha sido enriquecida le viene toda entera de Cristo: *"redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo"* (LG 53), ha sido bendecida por el Padre más que ninguna otra persona creada y ha sido elegida *antes de la creación del mundo para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor* (Ef 1, 4).

Confesar que María, Nuestra Madre, es **"la Toda Santa"** implica acoger con todas sus consecuencias el compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: *«Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor»* (LG40). El amor filial a la *"Llena de gracia"* nos impulsa a *«trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria»*, respetando *«un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia»* (San Juan pablo II).

3. **María Inmaculada nos recuerda la lucha de la vida. Nos asegura la victoria sobre el pecado**

María Inmaculada está situada en el centro mismo de aquella "enemistad" (cf. Gn 3, 15; Ap 12, 1) que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. *«Por su pecado, Adán, en cuanto primer hombre, perdió la santidad y la justicia originales que había recibido de Dios no solamente para él, sino para*

todos los seres humanos» (CIC 416). Sabemos por la Revelación que el pecado personal de nuestros primeros padres ha afectado a toda la naturaleza humana: todo hombre, en efecto, está afectado en su naturaleza humana por el pecado original.

El pecado original, que consiste en la privación de la santidad y la justicia que Dios había otorgado al hombre en el origen, *«es llamado "pecado" de manera análoga: es un pecado "contraído", "no cometido", un estado y no un acto»* (C 404). Y aun cuando *«la transmisión del pecado original es un misterio que no podemos comprender plenamente»*, comprobamos cómo *«lo que la Revelación divina nos enseña coincide con la misma experiencia, pues el hombre, al examinar su corazón, se descubre también inclinado al mal e inmerso en muchos males»*.

La **Purísima Concepción** -tal como llamamos con fe sencilla y certera a la bienaventurada Virgen María-, al haber sido preservada inmune de toda mancha de pecado original, permanece ante Dios, y también ante la humanidad entera, como el **signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios**. Esta elección es más fuerte que toda la fuerza del mal y del pecado que ha marcado la historia del hombre. Una historia en la que María es **"señal de esperanza segura"**.

En María contemplamos la **belleza de una vida sin mancha** entregada al Señor. En Ella resplandece la santidad de la Iglesia que Dios quiere para todos sus hijos. En Ella recuperamos el ánimo cuando la fealdad del pecado nos introduce en la tristeza de una vida que se proyecta al margen de Dios. En Ella reconocemos que es Dios quien nos salva, inspirando, sosteniendo y acompañando nuestras buenas obras. En Ella encuentra el niño la protección materna que le acompaña y guía para crecer como su Hijo, *en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres* (Lc 2, 52). En Ella encuentra el joven el modelo de una pureza que abre al amor verdadero. En Ella encuentran los esposos refugio y modelo para hacer de su unión una comunidad de vida y amor. En Ella encuentran las vírgenes y los consagrados la señal cierta del ciento por uno prometido ya en esta vida a todo el que se entrega con corazón indiviso al Señor (Mc 10, 30). En Ella encuentra todo cristiano y toda persona de buena voluntad el signo luminoso de la esperanza. En particular, **«desde que Dios la mirara con amor, María se ha vuelto signo de esperanza para la muchedumbre de los pobres, de los últimos de la tierra que han de ser los primeros en el Reino de Dios»**.

El testimonio mariano de la Iglesia en España

La evangelización y la transmisión de la fe en tierras de España han ido siempre unidas a un amor singular a la Virgen María. **No hay un rincón de la geografía española que no se encuentre coronado por una advocación de nuestra Madre**. Así lo recordó Juan Pablo II en los comienzos mismos de su pontificado: *«Desde los primeros siglos del cristianismo aparece en España el culto a la Virgen. Esta devoción mariana no ha decaído a lo largo de los siglos en España, que se reconoce como "tierra de María"»*. Y así lo ha venido reiterando desde su primer viaje apostólico a nuestra patria: *«El amor mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de las grandezas de María, sobre todo en su Inmaculada Concepción»*.

El amor sincero a la Virgen María en España se ha traducido desde antiguo en una **"defensa intrépida" y del todo singular de la Concepción Inmaculada de María**; defensa que, sin duda, preparó la definición dogmática.

Consagración a María Inmaculada

«La forma más genuina de devoción a la Virgen Santísima... es la **consagración a su Corazón Inmaculado**. De esta forma toma vida en el corazón una creciente comunión y familiaridad con la Virgen Santa, como nueva forma de vivir para Dios y de proseguir aquí en la tierra el amor de Hijo Jesús a su Madre María».



9. MODELOS Y TESTIGOS: Beato Ceferino Giménez Malla

El Pelé. El rosario del gitano mártir

Ser santo es fácil. No se necesitan ni grandes cualidades, ni títulos nobiliarios, ni prestigio o dinero, ni carreras universitarias... basta tener un corazón de hijo que se abra con sencillez al amor infinito que Dios nos tiene. *"A ti también Dios te quiere. Cree esto y se transformará tu corazón"*, fue la respuesta que dio San Francisco de Asís a aquel campesino que le preguntaba si también él podía ser santo.

Algo de esto experimentó Ceferino Giménez Malla, popularmente conocido como "el Pelé". De raza gitana, fue un cristiano sencillo y valiente, sin duda por ser muy devoto de la Santísima Virgen. Con el tiempo (en 1997) el papa San Juan Pablo II lo beatificaría estableciendo su fiesta el 4 de mayo. Estos son algunos rasgos de su vida y las enseñanzas que nos da.

Gitano sencillo y bueno

El Pelé nació en Fraga (Huesca), probablemente el 26 de agosto de 1861, y ese mismo día fue bautizado. Desde niño, fiel a las costumbres y usanzas de la época y de sus gentes, se dedicó a la venta ambulante de los cestos que fabricaba con sus propias manos. Se tenía que ganar la vida deambulando por los caminos montañosos de su región.

Pronto se casaría, al estilo gitano, con Teresa Giménez Castro, estableciéndose en Barbastro; pero en 1912 regularizó la unión con «su Teresa» celebrando el matrimonio según el rito católico. Desde entonces comenzó a frecuentar la iglesia hasta convertirse en un cristiano modelo. El matrimonio no tuvo hijos, pero adoptaron a Pepita, una sobrina de la esposa.

De profesión fue tratante de caballerías por las ferias de la región, distinguiéndose siempre por su rectitud, prudencia y honradez. Con frecuencia lo solicitaban payos y gitanos para solucionar los conflictos y eventuales contiendas entre ellos. Generoso y magnánimo, la buena posición social y económica que llegó a tener, la puso siempre a disposición de los más necesitados. En una ocasión, sin embargo, fue acusado injustamente de robo, y aunque le llegaron a encarcelar, pronto se comprobó su inocencia; el mismo abogado que le defendió dijo de él unas palabras que resultarían proféticas: *«El Pelé no es un ladrón, es san Ceferino, patrón de los gitanos»*.

Fue un ejemplo de cristiano piadoso, caritativo y bueno: a todos socorría con sus limosnas, sacando cada día fuerzas de la Santa Misa y de la Comunión. Amaba especialmente a la Virgen María, a la que acudía con confianza de niño, rezándole siempre el

Santo Rosario. A pesar de que nunca supo ni leer ni escribir, fue miembro comprometido en asociaciones como los Jueves Eucarísticos, la Adoración nocturna, las Conferencias de San Vicente de Paúl y la Tercera Orden Franciscana. En Barbastro, era el primero en las procesiones, según aseguraron los testigos.

También le gustaba cuidar y dar catequesis a los niños, sobre todo gitanos, que por esa época estaban muy abandonados pastoralmente. Los reunía y llevaba a las afueras del pueblo, les enseñaba canciones de la Iglesia y a rezar, les contaba historias de santos o de la Biblia y les invitaba después a merendar. También los exhortaba a respetar la naturaleza: los árboles, los pajarillos, las hormigas... Tenía alma franciscana.



Valiente en defender su fe

Pero Dios quiso bendecirlo con la especial gracia del martirio. La ocasión llegó, como para tantos otros, al inicio de la guerra civil española. En los últimos días de julio de 1936, fue detenido. Al ver cómo un sacerdote era arrastrado por las calles de Barbastro para llevarlo a la cárcel, gritó a los milicianos: *«¡Insolentes! ¡Tanta gente para poner preso a un cura!»*. Le cogieron inmediatamente, y el rosario que encontraron en su bolsillo determinó su encarcelamiento. Lo llevaron, con el sacerdote, a una cárcel improvisada en el convento de las Capuchinas, donde ya

había 350 detenidos.

Pepita, su hija adoptiva de 12 años, le llevaba de comer a la cárcel todos los días. Papá Pelé le hacía permanecer un poco con él y juntos rezaban el rosario. También lo rezaban todos en la cárcel, pero el Pelé era incansable en la oración. Los carceleros estaban muy enojados con eso y muchos de los presos le aconsejaban que fuera más discreto y «prudente». De hecho, le llegaron a ofrecer la libertad si dejaba de rezar el rosario, pero no quiso pagar ese precio: **prefirió permanecer en la prisión y afrontar el martirio.**

En la madrugada del 8 de agosto fue fusilado junto a las tapias del cementerio, con otras 18 personas, la mayoría sacerdotes y religiosos. Murió levantando la mano con el rosario, mientras gritaba su fe: *«Viva Cristo Rey»*.

*"De esta manera alcanzó la palma del martirio con la misma sencillez con la que había vivido. Su vida cristiana nos recuerda a todos que **el mensaje de salvación no conoce fronteras de raza o cultura, porque Jesucristo es el redentor de los hombres de toda tribu, estirpe, pueblo y nación**" (S. Juan Pablo II).*

Algunas enseñanzas de su vida

Los santos son Palabra de Dios viva y encarnada para nosotros. ¿Qué podemos aprender de este héroe de la caridad y de la sencillez?

1º. El valor del Rosario

El Pelé nos enseña a ser no sólo amantes del Rosario como hijos queridos de la Santísima Virgen, sino también apóstoles del mismo, enseñando o animando a otros a que también lo recen. Rezándole experimentamos la fortaleza de Dios para ser fieles a las exigencias de nuestro bautismo, incluso en los momentos de fuertes pruebas.

2º. La importancia de la fidelidad en las cosas pequeñas

Generalmente pocas ocasiones tendremos en la vida que nos exijan un acto heroico. Si el Pelé no hubiese cultivado las virtudes sólidas en la vida cotidiana (honradez, generosidad, olvido de sí, devoción a la Virgen, magnanimidad...), nunca hubiese sido capaz de dar la vida cuando Dios se la pidió.

3º. La universalidad de la fe

La fe del Pelé tenía naturalmente, las características de la cultura gitana, por eso, siendo fiel a su raza y a su Dios, el Pelé ha demostrado que Cristo está presente en todos los pueblos y en todas las razas, y que la santidad puede nacer en todas partes.

La Iglesia reconoce en él a un hijo auténtico y fiel, un testigo de Cristo, un evangelizador de su propia gente.

4º. Ver a Dios en todo

Aunque careció de toda instrucción literaria por ser analfabeto, tenía, sin embargo, una gran formación espiritual: la vida espiritual le salía del interior. Una muestra de su profunda espiritualidad era su resignación cristiana y el hecho de que veía la mano de Dios en todas las cosas.

Por eso los testigos decían de él que *«en los reveses de fortuna o en las desgracias, el siervo de Dios decía siempre: Dios lo ha querido, él lo sabe. Alabado sea el Señor»*.



9. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA

El tercer domingo de Adviento es el domingo *gaudete* o “de la alegría”. Por eso la misa empieza con la antifona:

“Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca”.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 3, 10-18

En aquel tiempo, la gente preguntaba a Juan:

—«¿Entonces, qué hacemos?».

Él contestó:

—«El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo».

Vinieron también a bautizarse unos publicanos y le preguntaron:

—«Maestro, ¿qué hacemos nosotros?».

Él les contestó:

—«No exijáis más de lo establecido».

Unos militares le preguntaron:

—«¿Qué hacemos nosotros?».

Él les contestó:

—«No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie, sino contentaos con la paga».

El pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos:

—«Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego; tiene en la mano el bieldo para aventar su parva y reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga».

Añadiendo otras muchas cosas, exhortaba al pueblo y le anunciaba el Evangelio.



10.12.14). Estos diálogos son muy interesantes y se revelan de gran actualidad. La primera respuesta se dirige a la multitud en general.

El Bautista dice: *«El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo»*. Aquí podemos ver un criterio de justicia, animado por la caridad. La justicia pide superar el desequilibrio entre quien tiene lo superfluo y quien carece de lo necesario; la caridad impulsa a estar atento al prójimo y salir al encuentro de su necesidad, en lugar de hallar justificaciones para defender los propios intereses. Justicia y caridad no se oponen, sino que ambas son necesarias y se completan recíprocamente. *«El amor siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa»*, porque *«siempre se darán situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo»* (Enc. Deus caritas est, 28).

Vemos luego la segunda respuesta, que se dirige a algunos «publicanos», o sea, recaudadores de impuestos para los romanos. Ya por esto los publicanos eran despreciados, también porque a menudo se aprovechaban de su posición para robar. A ellos el Bautista no dice que cambien de oficio, sino que no exijan más de lo establecido. El profeta, en nombre de Dios, no pide gestos excepcionales, sino ante todo el cumplimiento honesto del propio deber. El primer paso hacia la vida eterna es siempre la observancia de los mandamientos; en este caso el séptimo: «No robar».

La tercera respuesta se refiere a los soldados, otra categoría dotada de cierto poder, por lo tanto tentada de abusar de él. A los soldados Juan dice: *«No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie con falsas denuncias, sino contentaos con la paga»*. También aquí la conversión comienza por la honestidad y el respeto a los demás: una indicación que vale para todos, especialmente para quien tiene mayores responsabilidades.

Considerando en su conjunto estos diálogos, impresiona la gran concreción de las palabras de Juan: puesto que Dios nos juzgará según nuestras obras, es ahí, justamente en el comportamiento, donde hay que demostrar que se sigue su voluntad. Y precisamente por esto las indicaciones del Bautista son siempre actuales: también en nuestro mundo tan complejo las cosas irían mucho mejor si cada uno observara estas reglas de conducta.

Roguemos pues al Señor, por intercesión de María Santísima, para que nos ayude a prepararnos a la Navidad llevando buenos frutos de conversión.

COMENTARIO DE BENEDICTO XVI

La alegría es un anuncio destinado también a los que sufren de cuerpo y espíritu.

Queridos hermanos y hermanas: En este tercer domingo de Adviento la liturgia nos invita a la alegría del espíritu. Lo hace con la célebre antifona que recoge una exhortación del apóstol san Pablo: *“Gaudete in Domino”*, “Alegraos siempre en el Señor. El Señor está cerca”. También la primera lectura bíblica de la misa es una invitación a la alegría. El profeta Sofonías, al final del siglo VII antes de Cristo, se dirige a la ciudad de Jerusalén y a su población con estas palabras: *“Regocíjate, hija de Sión; grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, hija de Jerusalén. (...) El Señor tu Dios está en medio de ti como poderoso salvador”* (So 3, 14. 17). A Dios mismo lo representa el profeta con sentimientos análogos: *“Él se goza y se complace en ti, te renovará con su amor, exultará sobre ti con júbilo, como en los días de fiesta”* (So 3, 17-18).

Esta promesa se realizó plenamente en el misterio de la Navidad, que celebraremos dentro de una semana y que es necesario renovar en el “hoy” de nuestra vida y de la historia. La alegría que la liturgia suscita en el corazón de los cristianos no está reservada sólo a nosotros: es un anuncio profético destinado a toda la humanidad y de modo particular a los más pobres, en este caso a los más pobres en alegría.

El Evangelio de este domingo de Adviento muestra nuevamente la figura de Juan Bautista, y lo presentan mientras habla a la gente que acude a él, al río Jordán, para hacerse bautizar. Dado que Juan, con palabras penetrantes, exhorta a todos a prepararse a la venida del Mesías, algunos le preguntan: *«¿Qué tenemos que hacer?»* (Lc 3,

COMENTARIO DE RANIERO CANTALAMESSA

Alegrarse siempre

La dominica tercera de Adviento está toda ella repleta del tema de la alegría. Se llama tradicionalmente la dominica «gaudete», esto es, el domingo «alegraos», por las palabras de san Pablo en la segunda lectura: *«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres»*.

Dios ha querido que la historia humana, tan cargada de llanto y de sufrimiento, estuviese acompañada por un anuncio de felicidad, como por un hilo verde que la atraviesa de una parte a otra. Se trata de un pueblo que, en medio de todos los otros pueblos, es el portador de una promesa de luz y de alegría. Antes de Jesús, este pueblo era Israel.

Leopardi ha expresado esta idea: en la vida presente, la única alegría posible y auténtica es la alegría de la espera, la alegría del sábado. Éste es un «día lleno de ilusión y de alegría»: lleno de alegría precisamente porque está lleno de ilusión, esto es, de esperanza. La espera de la fiesta es hasta mejor que la misma fiesta. La posesión del bien no hace más que engendrar desilusión y aburrimiento, porque todo bien creado se revela inferior a su expectativa; sólo la espera es generadora de viva alegría. Pero, precisamente, así es la alegría cristiana en este mundo: alegría del sábado, que anuncia el Domingo sin ocaso, que es la vida eterna; alegría de Adviento, en el sentido litúrgico del término.

San Pablo dice que los cristianos deben estar «con la alegría de la esperanza» (Romanos 12, 12), lo que no significa sólo que deben «esperar estar alegres» (se entiende, después de la muerte), sino que deben estar o «ser alegres por esperar», alegres ya ahora, por el simple hecho de esperar. Pero ¿basta en verdad la esperanza para tener la experiencia de la alegría? ¡No! Es necesaria también otra virtud teológica: la caridad, esto es, el ser amados y amar. Cada ser, dice san Agustín, tiende como por una fuerza invisible de gravedad, que es el amor, hacia «su lugar», esto es, hacia aquel punto en donde sabe que encontrará el propio reposo y la propia felicidad. La alegría nace precisamente del tender hacia aquel lugar, que para nosotros, criaturas racionales, es Dios. Por esto nosotros no tenemos paz hasta que reposamos en él: «Tú nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (San Agustín).

El amor, en todas sus genuinas expresiones, es por esto el verdadero generador de alegría. Sólo quien es amado y ama sabe, en verdad, qué es la alegría. He ahí por qué la Escritura dice que la alegría es fruto del Espíritu Santo (Gálatas 5,22) Y que el reino de Dios es «gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14, 17). El Espíritu Santo es el amor personificado y donde alcanza hace nacer el amor.

En el himno a la alegría de Beethoven se habla de un ala que «hermana todo lo que toca». Pero ¡un poder semejante, lo posee sólo... el ala de la paloma, que es el Espíritu Santo!

FRANCISCO HABLA DE JUAN BAUTISTA

"Ya viene otro más poderoso que yo"

Francisco dijo que Juan era "un hombre que tuvo un breve tiempo de vida, un breve tiempo para anunciar la Palabra de Dios". Él era "el hombre que Dios envió a preparar el camino a su Hijo". Pero "Juan acabó mal", decapitado por orden de Herodes. Se convirtió en "el precio de un espectáculo para la corte en un banquete". "Cuando existe la corte es posible hacer de todo: la corrupción, los vicios, los crímenes. Las cortes favorecen estas cosas".

Tres características fundamentales del perfil de Juan:

1. "¿Qué hizo Juan? Ante todo anunció al Señor. Anunció que estaba cerca el Salvador, el Señor; que estaba cerca el reino de Dios". Un anuncio que él "había realizado con fuerza: bautizaba y exhortaba a todos a convertirse". Juan "era un hombre fuerte y anunciaba a Jesucristo: fue el profeta más cercano a Jesucristo. Tan cercano que precisamente él lo indicó" a los demás. Y, en efecto, cuando vio a Jesús, exclamó: "¡Es aquél!".
2. La segunda característica de su testimonio, explicó el Papa, "es que no se adueñó de su autoridad moral" aunque se le había ofrecido "en una bandeja la posibilidad de decir: yo soy el mesías". Juan, en efecto, "tenía mucha autoridad moral, mucha. Toda la gente iba a él. El Evangelio dice que los escribas" se acercaban para preguntarle; "¿Qué debemos hacer?". Lo mismo hacía el pueblo y los soldados. "¡Convertíos!" era la respuesta de Juan, y "no estaféis" También "los fariseos y los doctores" miran la "fuerza" de Juan, reconociendo en él a "un hombre recto. Por ello fueron a preguntarle: ¿pero eres tú el mesías?". Para Juan fue "el momento de la tentación y de la vanidad".

Hubiese podido responder: "No puedo hablar de esto...", terminando por "dejar la pregunta en el aire. O podía decir: no lo sé... con falsa humildad". En cambio, Juan "fue claro" y afirmó: "No, yo no soy. Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no soy digno de agacharme para desatarle la correa de sus sandalias". Así no cayó en la tentación de robar "el título, no se adueñó del oficio". Dijo claramente: "Yo soy una voz, sólo eso. La palabra viene después. Yo soy una voz". Y "ésta es la segunda cosa que hizo Juan: no robar la dignidad". Fue un "hombre de verdad".

3. "La tercera cosa que hizo Juan fue imitar a Cristo, imitar a Jesús. En tal medida que, en aquellos tiempos, los fariseos y los doctores creían que él era el mesías". Incluso "Herodes, que lo había asesinado, creía que Jesús fuese Juan". Precisamente esto muestra hasta qué punto el Bautista "siguió el camino de Jesús, sobre todo en el camino del abajamiento". En efecto "Juan se humilló, se abajó hasta el final, hasta la muerte". Y fue al encuentro del "mismo estilo vergonzoso de muerte" del Señor: "Jesús como un malhechor, como un ladrón, como un criminal, en la cruz", y Juan víctima de "un hombre débil y lujurioso" que se dejó llevar "por el odio de una adúltera, por el capricho de una bailarina". Son dos "muertes humillantes". Como Jesús "también Juan tuvo su huerto de los olivos, su angustia en la cárcel cuando creía haberse equivocado". Por ello "manda a sus discípulos a preguntar a Jesús: dime, ¿eres tú o me equivoqué y existe otro?". Es la experiencia de la "oscuridad del alma", de la "oscuridad que purifica". Y "Jesús respondió a Juan como el Padre respondió a Jesús: consolándole".

ANUNCIO DE LA ALEGRÍA CRISTIANA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La alegría cristiana es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado. Tan pronto como Dios Padre empieza a manifestar en la historia el designio amoroso que Él había formado en Jesucristo, para realizarlo en la plenitud de los tiempos, esta alegría se anuncia misteriosamente en medio al Pueblo de Dios, aunque su identidad no es todavía desvelada.

Así Abrahán, nuestro Padres, elegido con miras al cumplimiento futuro de la Promesa, y esperando contra toda esperanza, recibe, en el nacimiento de su hijo Isaac, las primicias proféticas de esta alegría. Tal alegría se encuentra como transfigurada a través de una prueba de muerte, cuando su hijo único le es devuelto vivo, prefiguración de la resurrección de Aquel que ha de venir: el Hijo único de Dios, prometido para un sacrificio redentor. Abrahán exultó ante el pensamiento de ver el Día de Cristo, el Día de la salvación: él «lo vio y se alegró» (Jn 8,56).

La alegría de la salvación se amplía y se comunica luego a lo largo de la historia profética del antiguo Israel. Ella se mantiene y renace indefectiblemente a través de pruebas trágicas debidas a las infidelidades culpables del pueblo elegido y a las persecuciones exteriores que buscaban separarlo de su Dios. Esta alegría siempre amenazada y renaciente, es propia del pueblo nacido de Abrahán.

Se trata siempre de una experiencia exultante de liberación y restauración —al menos anunciadas— que tienen su origen en el amor misericordioso de Dios para con su pueblo elegido, en cuyo favor El cumple, por pura gracia y poder milagrosos, las promesas de la Alianza. Tal es la alegría de la Promesa mosaica, la cual es como figura de la liberación escatológica que sería realizada por Jesucristo en el contexto pascual de la nueva y eterna Alianza. Se trata también de la alegría actual, cantada tantas veces en los salmos: la de vivir con Dios y para Dios. Se trata finalmente y sobre todo, de la alegría gloriosa y sobrenatural, profetizada en favor de la nueva Jerusalén, rescatada del destierro y amada místicamente por Dios.